

temple y de tan fino acorn que era capaz de abrir las corazas más fuertes, y se adelantó hacia el lugar de la lucha.

Sancho acababa de ser herido en el brazo izquierdo y en una pierna, pero el calor del combate le impedía sentir la molestia de sus dos heridas, y, fuerte su diestra, continuaba descargando terribles golpes sobre sus adversarios. Estos, recibiendo un poco ante aquella desesperada defensa, le habían permitido llegar hasta la reja á la cual se había cogido con su mano izquierda. Intentó entonces el paje hacer por segunda vez lo que tan bien le había salido la primera: es decir, atacar en vez de defenderse. Bajó el brazo en efecto y lo tendió para largo era hacia adelante. La barra halló resistencia y un gemido le contestó, pero casi al mismo tiempo una espada, describiendo en el aire un semicírculo, se salvó como una saeta y cayó rápida como un rayo sobre el brazo izquierdo de Sancho. Un grito de dolor y de desesperación salió de sus labios. Un casco cogido á un barrote cayó al suelo. Sancho ya solo blandió en el aire su mutilada muñeca de la que se escapaba un surtidor de sangre.

La espada de Martín había obrado aquel cauchio.

El paje se dejó caer de rodillas junto á la reja murmurando con un acento ronco y agudo:

—Leonor! Leonor!

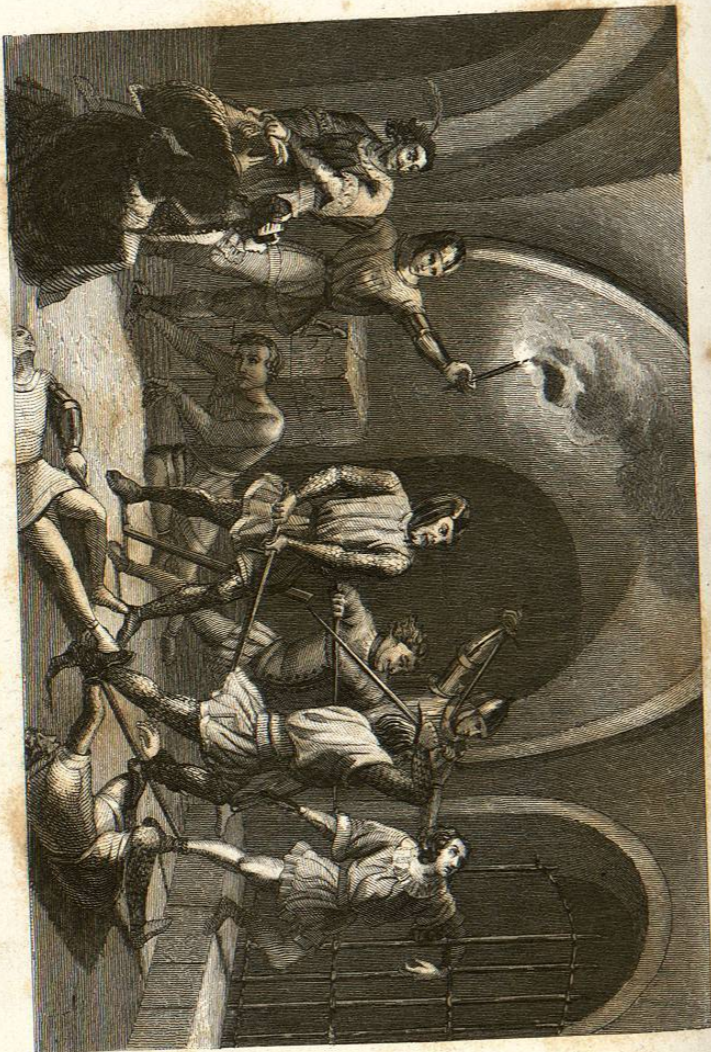
Pero Leonor no podía ya oírle. Combatido aquel firme corazón por tan enconradas situaciones, despojado por tan crueles luchas, había acabado por ceder. La condesa yacía exánime á los pies del duque que había soltado su destrozado brazo.

Los hombres de armas, carniceros como todos cuando se sienten embriagados por el olor de la sangre y el fuego del combate, se arrojaron sobre el paje así que le vieron desarmado. Este les presentó por única defensa su brazo mutilado. En tanto Martín, cumplida ya su obra y dejando á los demás que le remataran, enjagó su espada, envainóla, y volvió la espalda con una calma de hielo para ir lentamente á colocarse en su antiguo sitio cerca del duque.

Seis veces tuvieron los asesinos que introducir su acero en el cuerpo del paje para hacerle caer. A cada herida que recibía, murmuraba Sancho con acento que se iba por grados debilitando:

—Leonor!... oh!... Leonor!

Cuando su mano izquierda soltó la reja á que estaba cogida, cuando el infeliz rodó por el suelo acribilado de heridas, su acento, ahogado por el estertor de la agonía llegó hasta el de Arévalo que estaba con el cuerpo inclinado hacia adelante, espavorado ansioso el desolado.



*El paje se dejó caer de rodillas junto á la reja.*



temple y de tan fino acero que era capaz de abrir las corazas mas fuertes, y se adelantó hácia el lugar de la lucha.

Sancho acababa de ser herido en el brazo izquierdo y en una pierna, pero el calor del combate le impedia sentir la molestia de sus dos heridas, y, fuerte su diestra, continuaba descargando terribles golpes sobre sus adversarios. Estos, cediendo un poco ante aquella desesperada defensa, le habian permitido llegar hasta la reja á la cual se habia cojido con su mano izquierda. Intentó entonces el paje hacer por segunda vez lo que tan bien le habia salido la primera, es decir, atacar en vez de defenderse. Bajó el brazo en efecto y lo tendió cuan largo era hácia adelante. La barra halló resistencia y un gemido le contestó, pero casi al mismo tiempo, una espada, describiendo en el aire un semicírculo, bajó silvando como una saeta y cayó rápida como un rayo sobre el brazo estendido de Sancho. Un grito de dolor y de desesperacion salió de sus labios. Una mano cojida á un barrote cayó al suelo. Sancho ya solo blandió en el aire su mutilada muñeca de la que se escapaba un surtidor de sangre.

La espada de Martín habia obrado aquel cambio. El paje se dejó caer de rodillas junto á la reja murmurando con un acento ronco y agudo:

— Leonor! Leonor!

Pero Leonor no podia ya oírle. Combatido aquel firme corazón por tan encontradas situaciones, despedazado por tan crueles luchas, habia acabado por ceder. La condesa yacia exánime á los piés del duque que habia soltado su destrozado brazo.

Los hombres de armas, carniceros como todos cuando se sienten embriagados por el olor de la sangre y el fuego del combate, se arrojaron sobre el paje así que le vieron desarmado. Este les presentó por única defensa su brazo mutilado. En tanto Martín, cumplida ya su obra y dejando á los demás que le remataran, enjugó su espada, envainola, y volvió la espalda con una calma de hielo para ir lentamente á colocarse en su antiguo sitio cerca del duque.

Seis veces tuvieron los asesinos que introducir su acero en el cuerpo del paje para hacerle caer. A cada herida que recibia, murmuraba Sancho con acento que se iba por grados debilitando:

— Leonor!... oh!... Leonor!

Cuando su mano izquierda soltó la reja á que estaba cojida, cuando el infeliz rodó por el suelo acribillado de heridas, su acento, ahogado por el estertor de la agonía llegó hasta el de Arévalo que estaba con el cuerpo inclinado hácia adelante, esperando ansioso el desenlace.



—Duque, te perdono mi muerte, —balbuceó el paje; — adios, madre mia!... adios, Leonor!...

Y espiró revolcándose en su sangre.

El duque se puso lívido y sintió pasar como la sombra de un remordimiento por su corazón, sintió en su interior como un quejido doloroso que á un tiempo hubiesen dado todas las fibras de su cuerpo estremeciéndose. Aquellas palabras de perdón salidas de los labios de su moribunda víctima, habíanle fuertemente impresionado. También se estremece y tiembla el roble de la montaña cuando sobre él se desprende el rayo.

—Aquí hay un vapor de sangre que ahoga! —dijo con voz oscura.

Y saltando por sobre el cuerpo de su esposa que yacía tendida en tierra sin movimiento, abandonó precipitadamente el subterráneo.

Martin, en cuyos ojos chispeaba el mas salvaje júbilo, dió orden para que se transportara la condesa á su estancia y para que el cadáver de Sancho fuese espuesto en el césped que se estendia fuera de las murallas, con objeto de que pudiera contemplar todo el mundo al día siguiente la justicia del duque de Arévalo.

La mañana que siguió á esta sangrienta noche se presentó rica de luz y de pompa. El sol se balanceaba en el azúreo horizonte yendo á amortajar con sus rayos de fuego el cadáver mutilado del paje, que aparecía sobre la verde grama junto á un poste del que colgaba un letrero con esta inscripción: *Esta es la justicia del muy alto y muy poderoso duque de Arévalo.*

Varios villanos se detuvieron á contemplar este espectáculo, muy frecuente á la verdad y nada extraño en aquellos tiempos, y no faltó quien, reconociendo en el muerto al antiguo paje del castillo Sancho Sanchez, tomó á toda prisa el camino de la aldea inmediata hasta la que conducía el camino de hayas varias veces citado, murmurando:

—Mala nueva, mala nueva voy á darle á la vieja Marta!

Al llegar nuestro villano á la aldea, se dirigió á una choza, entre todas la mas pobre y miserable, y llamó con tiento á una puerta medio carcomida por la que asomó su arrugado rostro una muger de edad avanzada y vestida de harapos.

—Vecina Marta, —dijo el recién llegado titubeando, —en el glacis del castillo ha aparecido esta mañana un cadáver.

—Un cadáver! —contestó la vieja. —Y qué?

—Qué seria bueno que fueseis á verlo

—Yo? —preguntó Marta sorprendida.

Pero de pronto, como sintiendo una corazonada, sus ojos se velaron

y puso sus trémulas manos en las del que la habia llamado su vecina.

—Dos años hace que no sé de mi Sancho, amigo mio, —le dijo mirándole fijamente.

—Qué demontre! —contestó el otro con ruda franqueza, —puede que no tardeis en saber.

—Y ese cadáver que me deciais?

—Id á verlo! id á verlo!

Y el villano se escapó sin añadir mas palabra.

Marta quedó un rato sorprendida y como meditando. En seguida, haciendo un significativo movimiento de hombros, cerró la puerta de su choza y con paso rápido se dirigió hácia la esplanada del castillo de Benavente. Encontróse con el cadáver y echándose hácia atrás lanzó un grito de dolor. Le habia reconocido.

—Pobre Sancho! murmuró.

Y dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas. En seguida, murmurando unas palabras extrañas que nadie hubiera podido comprender, y con menos dolor del que pudiera creerse en una madre, se acercó al cuerpo inanimado del jóven, lo tomó en sus brazos sin temor á los ballesteros del castillo que podian tener orden de tirar sobre cualquiera que tocase el cadáver, y cargándose al hombro con una fuerza verdaderamente varonil, se dirigió lentamente hácia el cementerio de la aldea.

Allí, le registró cuidadosamente apoderándose de un rico medallon que colgaba de su cuello, joya de valor que nunca comprendiera el jóven porque estaba en su poder y porque su madre, tan pobre como era, le exigía que la guardase siempre sobre su pecho como prenda de alto precio. Poco despues, demandó á su sacerdote, que acertó á pasar, una oracion para el pobre muerto, y concluida le hizo enterrar en un rincon del cementerio clavando ella misma sobre la tierra removida una tosca cruz de madera.

Luego de terminados todos estos detalles, enjugó sus ojos que no habian cesado de verter lágrimas, cerró en su mano el medallon que habia hallado sobre el cadáver, y se dirigió en línea recta al castillo de Benavente.

Dióla un brusco empujón el primer centinela con quien tropezó.

—Eh! donde va la vieja? —le dijo con rudeza.

—Quisiera ver al duque de Arévalo, —contestó con dulzura la anciana.

—Al duque no le gustan las viejas, —esclamó el centinela riéndose de su propia chanza.



— Ni las brujas, — añadió un soldado que acertaba á pasar en aquel momento.

— Sin embargo, — insistió la buena mujer, — me interesa hablarle.

— Eh! fuera! — dijo el centinela empujando á Marta que probaba á entrar.

— Aquí no se pasa. Si teneis que verle, aguardad á que salga.

— Y cuando saldrá?

— Qué se yo! hoy ó mañana ó hasta dentro de ocho dias quizá.

— Bueno, — dijo la resignada anciana, — le esperaré.

Y con una calma que no dejaba de tener algo de dignidad, sentóse en una piedra que habia arrimada junto al muro, dispuesta á esperar aun cuando tuviese que estarse allí hasta la consumacion de los siglos.

### VIII.

#### A LA LUZ DE LA LUNA!

AQUELLA misma tarde, el duque de Arévalo oyó llamar á la puerta de su estancia, donde se habia retirado desde la escena de la noche anterior, y donde habia siempre permanecido, presa de una estraña alucinacion, de un singular delirio, perseguido por una idea fija, sin poder arrancarse del alma, cual si allí se las hubieran marcado con un hierro ardiente, las palabras de perdon, salidas entre el estertor de la agonía, de los labios cárdenos del paje.

Diera orden que no queria ver á nadie, ni aun á Martin, y que por nada se le interrumpiera. Así es que al oír llamar, frunció coléricamente sus cejas.

— Quién va? — preguntó imprimiendo á su voz un tinte de desagrado.

— Jorge, — contestó desde fuera el montero.

— Ah! — exclamó el de Arévalo, que habia olvidado y á quien la voz sola del montero le devolvió su frenesí por la caza recordándole sus últimas órdenes.

Y se apresuró á descorrer el cerrojo que sujetaba la entallada puerta. Jorge apareció respetuoso en el dintel.

— Qué hay? — preguntó el duque.

— Señor, se la ha visto, — exclamó el montero.

— Ah! se la ha visto!

— Sí señor.

— Es la misma jabalina?

— La misma.

— Dónde?

— En el Pinar negro, á la izquierda y á cuatro leguas de la aldea que se levanta al pié del castillo.

— Y crees que estará todavía?

— Sin duda. Estaba muy fatigada, y luego, se la ha cercado de manera que le sea imposible escaparse.

— Oh! entónces á caballo todo el mundo, que toquen los cuernos llamando á la jauria, que se disponga todo; dentro de un cuarto de hora, en marcha!

— Pero, señor, la tarde va á caer y antes de dos horas es ya de noche.

— No importa. Si está muy oscuro pegaremos fuego al bosque para ver mejor. A caballo todos y en seguida! No quiero retardar de un minuto el placer de dar caza á esa condenada jabalina.

Tal era el duque de Arévalo. El entusiasmo de la caza le arrastraba, y en satisfacer este gusto lo cifraba todo. Ya no se acordaba entonces ni de la sangrienta escena de la víspera, ni del paje asesinado, ni de su esposa moribunda. Todo habia desaparecido á su vista.

No tardó en presentarse en el patio con todos los arreos de caza, pero por prisa que se diera, ya todos estaban en su puesto aguardándole. Era el duque demasiado temido para que dejasen de ejecutarse sus menores órdenes con la rapidez del rayo. Paseó pues una mirada de satisfaccion por las filas de sus monteros y picadores, acarició á dos ó tres de sus perros mas famosos y, despues de haber estado un momento como buscando con la vista á alguno, se volvió hácia Jorge: